

No desconozcamos, hermanos míos, nuestras necesidades personales. Jesu-Cristo elevado una vez sobre el Altar de la Cruz en el Calvario, se eleva todos los días en nuestros altares por las manos de sus Sacerdotes, y se presenta á su Padre cargado con todos nuestros pecados; pero tambien quiere que cada uno cargue con los suyos, y que se muestre en su presencia con verdadera contricion. ¡Infeliz de aquel que dexa á la víctima sola el cuidado de gemir y de llorar! su suerte sin duda será la misma que la de tantos infieles entre quienes no ha rayado la luz de la verdad. Pero ¿qué digo? ¿acaso estos miserables pueden compararse con esos Cristianos que á la muchedumbre de sus pecados añaden el mas sensible de todos para Jesu-Cristo, qual es la inutilidad de su oblacion?

Vos habeis dicho, Señor, que quando fueseis levantado á lo alto, lo atraeriais todo á Vos. Si el peso de nuestros pecados nos tiene oprimidos, romped estas ligaduras funestas, y haced que el dolor y la contricion nos acerquen á Vos en esta circunstancia cri-

tica de vuestra oblacion; que el Padre celestial, á quien la ofreceis, no vea en nosotros sino víctimas santas; que la muchedumbre de nuestros descuidos sea borrada á sus ojos con la santidad, la obediencia y la caridad de la víctima de propiciacion; y en fin que el fruto de vuestra oblacion sea una vida santa en el tiempo, y la bienaventuranza en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

S O B R E

LA MEZCLA DEL VINO,

Y DEL AGUA EN EL CALIZ.

PROVERBIOS, cap .8. v. 31.

Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.

ESTAS palabras que acabamos de referir nos manifiestan el ardiente deseo que tuvo Jesu-Cristo de habitar entre nosotros. ¿Pero acaso ignoraba que habíamos de ser ingratos á sus beneficios? ¿No sabia que vendria entre los suyos y seria desconocido; que en su misma Iglesia habria muchos pecadores que se presentarian al Sacrificio con la indiferencia mas criminal, y que los medios mas eficaces de salud se convertirian en daño de los mismos á quienes se ofrecian? ¿No veia de antemano los ultrages y las profanaciones que experimentaria en su Sacramento? ¿Pues de qué naturaleza pueden ser las delicias que ha de tener entre

Inst. sobre la mezcla del vino. 363

los hijos de los hombres? Este misterio de caridad se manifiesta claramente en el Sacrificio de la Misa, y con especialidad en la ceremonia que vamos hoy á explicar. El Sacerdote echa unas gotas de agua en el vino destinado para el Sacramento, y esta mezcla ofrece grandes motivos de edificacion y de consuelo á los fieles que quieren tomar parte en el espíritu del Sacrificio; y para que podais entrar en estos sentimientos, os pido vuestra atencion.

Aunque el agua que echa el Sacerdote en el cáliz no sea la materia esencial del Sacrificio, como lo es el pan y el vino, sin embargo es una materia indispensable, y la Iglesia ha recibido este uso de Jesu-Cristo mismo, como se reconoce en los antiguos Padres. San Cypriano y San Cirilo escribiéron, y clamáron fuertemente contra los hereges, que no querian admitirle, y sus razones demuestran que no puede alterarse, sin atacar la disciplina de la Iglesia en uno de los puntos que tiene por mas respetables y sagrados. Entre todas las reflexiones que han hecho los Santos Padres podemos deducir estas verdades útiles. Primera, que el agua y el vino son la figura de la sangre que

Jesu-Cristo deramó en la cruz, quando acabó de consumir su Sacrificio: segunda, que esta mezcla representa la íntima union de nuestra alma con nuestro cuerpo: tercera, que ella nos recuerda una union mas inefable todavía, qual es la del Verbo de Dios á nuestra naturaleza: quarta, que la alianza de Jesu-Cristo con su Iglesia se renueva en algun modo siempre que se reitera la oblation de este Sacrificio. Para que podamos sacar de esta práctica las instrucciones convenientes, meditemos la oracion que se dice en esta ceremonia. *O Dios, que por un efecto admirable de tu poder, creaste al hombre en dignidad excelente, y que por una maravilla todavía mayor le redimiste: concédenos, que por el misterio que contiene esta mezcla de agua y vino, participemos de la divinidad de Jesu-Cristo tu Hijo y Señor nuestro, que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad. Sí, tú has unido la santidad y la justicia á la debilidad, y la apariencia del pecado. ¿No nos has dado con este doble prodigio el derecho de pedirte todo género de consuelos? ¿No nos has hecho en virtud de esta mezcla misteriosa participantes de la divinidad de tu hijo,*

que por un efecto de su misericordia se abatió hasta revestirse de nuestra naturaleza? ¿Su mismo nombre no anuncia esta union inefable? Este es el Jesus, el Salvador de su pueblo, el Cristo, la imágen de la substancia de su Padre, tu Hijo y nuestro Señor.

En estas pocas palabras está concebido el sentido de la oracion que se dice al tiempo de hacer esta mezcla. Nosotros damos á Dios gracias por la creacion, y por la dignidad con que revistió al hombre quando le formó por sus manos. Esta accion de gracias nos recuerda que fuimos degradados por el pecado, y que el milagro de la creacion está en oposicion aquí con aquel fatal orgullo que ocasionó la caída del hombre y de su posteridad. En efecto, esta naturaleza tan admirable en su origen apenas goza de sus primeros derechos. ¿Dónde está esa inteligencia que el hombre habia recibido de su Criador? ¿No nos vemos hoy entregados á la mas vergonzosa y grosera ignorancia? ¿Dónde está esa perfecta subordinacion que reynaba entre el alma y el cuerpo, entre una substancia material y un alma racional? ¿No está sujeto hoy nuestro espíritu á la dura ley de los miembros

del cuerpo? Qué se ha hecho ese imperio que Dios concedió al hombre sobre todas las criaturas, para que fuesen su alimento é hiciesen sus delicias? ¿No está sujeto ahora á mil enfermedades y miserias, de manera que si se libra de unas, le asaltan otras? Si alivia sus dolencias ¿no es con remedios algunas veces mas duros, desabridos y molestos que los males mismos? Si evita las desgracias que le amenazan ¿no se sujeta á mil bajezas, y se constituye en una dependencia odiosa? En fin, ¿qué se ha hecho ese derecho á la inmortalidad, donde por un milagro de la Providencia y de la misericordia, un cuerpo material y perecedero por su naturaleza, debe asociarse con los espíritus celestiales, y subsistir sin alteracion por toda la eternidad? Una vida tan miserable como corta ¿no nos conduce ahora á una muerte inevitable y vergonzosa? Pero hermanos míos, si nuestras culpas nos acortan la vida, y nos dexan expuestos á un sin número de aflicciones; esta vida misma, por otra parte en los designios de Dios, nos da derecho á una resurreccion mucho mas admirable que la creacion, y éste es el segundo prodigio de que damos á Dios gracias. En efecto

esta reflexion disipa nuestros sentimientos: la fé no solo nos enseña que nada hemos perdido, sino que la reparacion del género humano hecha por Jesu-Cristo ha llegado á tan alto grado de perfeccion, que los Padres de la Iglesia, y sobre todos San Ambrosio, no dudan llamar culpa feliz al pecado de Adán, porque ella nos procuró un Redentor. Esta comparacion produce abundantes consuelos para un Cristiano, y exige todo su reconocimiento. El olvida con gusto la union del alma á su cuerpo, union que ha sido la causa de la miseria en que se ha visto constituido; pero se acuerda de la del Verbo á nuestra naturaleza, de la de un Dios á la humanidad, y en esta union reconoce tales privilegios y derechos que jamas los hubiera podido recibir semejantes de la inocencia primitiva. Era por la creacion la obra de Dios, y por la redencion se ha hecho su hijo. Por la creacion tenia en sí una porcion de la sabiduría del Verbo, y ahora es el hermano del Hijo de Dios mismo, y el coheredero de todos sus derechos: él era muy inferior á los bienaventurados, y hoy goza por la union de un Dios á su

naturaleza, de una ventaja de que no pueden participar los Angeles.

Lo repito, feliz culpa, digna de llorarse con lágrimas de sangre quando consideremos la ofensa infinita que ha hecho á nuestro Dios, y las llagas profundas que ha dexado en nuestro corazon; pero que debe excitar toda nuestra gratitud, quando consideremos la eficacia del remedio que cura estas llagas, el honor infinito que damos á Dios en Jesu-Cristo, y la reparacion total de todas ellas por Jesu-Cristo. Admirable reparacion, en la qual para curar una enfermedad tan grave como inveterada, ha baxado de los cielos, dice San Agustin, un Médico prodigioso: satisfaccion inefable, en la qual es honrado todo lo que habia sido desconocido, y donde se restablece el hombre en todos los derechos de que habia sido degradado: feliz expiacion cuyo fruto produce la tercera union que excita nuestro reconocimiento, y es la de Jesu-Cristo con su Iglesia figurada por la mezcla del agua y del vino.

Escribiendo San Cypriano contra los Hereges, que ofrecian el Cáliz sin hacer esta mezcla, les decia: vosotros que no

ofreceis sino vino, ¿no pensais que el agua es la figura del pecado, y que San Juan en su Apocalipsis, ha hecho manifiesta esta figura, quando dice: *que el pueblo era semejante á una gran porcion de agua?* ¿Por qué causa abandonais un uso establecido, y reconocido en la Iglesia? ¿No sabeis que de esta suerte separais en algun modo la cabeza de los miembros; es decir, á Jesu-Cristo de su pueblo? sabed pues que tan contrario seria á la esencia del Sacrificio el ofrecer solo agua, porque entónces el pueblo estaria sin Jesu-Cristo; como es temerario el ofrecer el vino sin añadir el agua, porque entónces está Jesu-Cristo en alguna manera sin el pueblo, que ha redimido al precio de su sangre.

De esta reflexion de San Cypriano se sigue que quando el Sacerdote pone el agua en el Cáliz, representa la union que Jesu-Cristo ha querido contraer con nosotros, y por medio de esta mezcla nos advierte que debemos ofrecer el Sacrificio con él; pero al mismo tiempo nos dice, que así como esta agua no hace mas que una sola y única substancia con el vino, de suerte que ya no es posible separarla de él, y que como por otra parte toma

toda su fuerza y su virtud del vino mismo, sin que por esto pierda su virtud y su gusto: así tambien un Cristiano unido á Jesu-Cristo en su Sacrificio, se hace uno con Jesu-Cristo, y quando es fiel en el cumplimiento de sus preceptos, no se distingue de Jesu-Cristo.

La Iglesia en este momento tiene la satisfaccion de ver cumplida la súplica que dirige á Dios en la oracion que explicamos hoy, porque Jesu-Cristo nos hace partícipes de su divinidad, de la misma manera que se ha dignado participar de nuestra naturaleza; y si no hay términos que puedan explicar el prodigio del Verbo hecho carne, tampoco los hay para manifestar el que obra por el hombre en el Sacrificio del Altar. Nuestros ojos se deslumbrarian si pudiesen penetrar lo que pasa durante la accion del Sacrificio. Aquí la Iglesia, Esposa de Jesu-Cristo, ve celebrar el misterio de su alianza con el celestial Esposo: aquí ve estrechar los nudos que la unen con el Cordero. Jesu-Cristo, haciéndose partícipe de nuestra naturaleza ha escogido esta Esposa, y se ha unido con ella; pero esto alianza espiritual no podia consumarse sino por la participacion de su na-

turalidad divina, y en el augusto Misterio es donde se celebra este acto interesante.

Por tanto no miremos desde hoy como una ceremonia esteril, la que tiene adoptado la Iglesia de mezclar el agua con el vino del Sacrificio. Aprovechémonos de esta feliz circunstancia para empezar á unirnos espiritualmente con Jesu-Cristo: ofrezcámosle en alguna manera toda nuestra humanidad, es decir, cuerpos puros, espíritus dóciles, corazones fervorosos y animados de una inteligencia recta, y una voluntad sincera: recibamos de él toda su divinidad, excitándonos á la práctica de todas las virtudes, las cuales no tienen otro principio, otro modelo, y otro fin que Jesu-Cristo, y de esta suerte nos coronará en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE EL PAN BENDITO,

LLAMADO EULOGIA.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO A SOS CORINTHIOS, cap. 10. v. 17.

*Porque un pan, un cueapo somos muchos,
todos aquellos que participamos de un
mismo pan.*

EL Apóstol San Pablo compara en estas palabras á todos los fieles con el pan, porque la union que forma en ellos la caridad, y sobre todo la que se les comunica por el Pan

llamado Eulogia.

373

Eucarístico es muy poderosa, incapaz de alterarse en los que hacen un solo cuerpo en Jesu-Cristo, ni por la diferencia de lugares, ni de tiempos, ni de condiciones, ni de caracteres, ni por los intereses particulares. El pan que se forma de muchos granos de trigo, que molidos y unidos una vez, son inseparables, y el cuerpo formado de muchos miembros que no pueden desmembrarse sin que se resienta todo el, son en concepto del Apóstol, una comparacion muy sensible de la union que establece entre los Cristianos la participacion de un Sacrificio mismo. Esta union tan íntima por su naturaleza, lo es mucho mas entre los fieles de un mismo reyno, de una misma ciudad, de una misma Parroquia. Probemos nosotros que somos un mismo *Pan*, por medio de la conformidad y el concierto de nuestras buenas obras, y que somos un solo cuerpo con actos de caridad mutua, que esté siempre en accion en favor de nuestros hermanos. Este es el fin á que se dirige la Instruccion del dia. Vamos pues á hablar del *Pan bendito*, por ser una figura, la mas propia, de la communion que reyna en la Iglesia,

La practica de ofrecer un *Pan bendito* en las Misas solemnes, es entre todas la mas antigua de la Iglesia, y quizá la mas descuidada, si no digo la mas despreciada por muchos, que, ó no conocen su espíritu, ó miran con indiferencia todo quanto pertenece al culto exterior.

No es fácil indicar precisamente el origen de este uso, y por lo mismo nos es indispensable valernos de congeturas bien que autorizadas por los escritores mas juiciosos. Se sabe, por exemplo, que en los primeros tiempos suministraban los fieles el pan y el vino que se necesitaba para el santo Sacrificio, y que á esta ofrenda aumentaban otras muchas, destinadas á la subsistencia de los pobres, y á la de los Ministros consagrados al servicio del Altar. Se sabe tambien que los fieles mismos participaban de sus propias ofrendas, llevándose á sus casas una parte de ellas, luego que las bendecia el Sacerdote, la qual repartian entre sus amigos y parientes, unidos á ellos, con una misma fé, y á estos dones se les daba el nombre de *Eulogia* ó de *Bendicion*. En el quarto siglo se observaba ya con todo

rigor esta costumbre, como se reconoce en San Gregorio Nacienceno, San Agustin, San Pauline y otros Santos escritores de aquella época. Tambien permitia la Iglesia que se enviasen los fieles la santa Eucaristía, que es la *Eulogia*, por excelencia, en señal de la union en la fé; pero esta permission no se extendia á los hereges, ni tampoco podia recibirse de ellos, y en un Canon del Concilio de Laodicea, que se celebró á mediados del siglo quarto, se prohíbe expresamente que en los tiempos de Pascua se lleve á los fieles la Eucaristía en lugar de la *Eulogia*, sin duda para precisarlos á recibirla entonces de mano de los que debian ser los testigos, y en alguna manera los garantes de su fé. De todo esto se deduce que el uso de las *Eulogias*, ó dones benditos, figura de la union que debe reynar entre los que han sido redimidos por el Sacrificio del cuerpo de Jesu-Cristo, es casi tan antiguo como la Iglesia. En el estado actual de abatimiento y de tibieza á que han venido los Cristianos, tal vez seria este un poderoso medio de despertar su caridad, y de renovar su fé; pera ya no

estamos en aquellos tiempos felices que tantas veces hechamos de ménos, en que se participaba de la santa communion al tiempo del Sacrificio de la Misa: sin embargo tenemos una señal representativa de este communion en la *Eulogia* ó *Pan bendito*, que se distribuye en las Misas solemnes. La Iglesia nos manifiesta en esta práctica el deseo mas ardiente de que participemos del pan Eucarístico, y nos exhorta de la manera mas tierna á conservar siempre la union y la paz: ¡Oxalá que este exhortacion no fuese infructuosa! Pero todo se ignora en esta materia. Esta obligacion se satisface muy rata vez con el respeto religioso que exige: los unos se presentan con un fausto orgulloso, muy ageno de una ceremonia de religion; y de un acto de piedad tan respetable hacen una ocasion de ostentacion y de vanidad. Otros baxo el especioso pretexto de la humildad Cristiana, pero conducidos realmente por una sórdida avaracia, tampoco observan ni aun la decencia que pide su estado y su condicion. Aquellos precisados á cumplir esta obligacion por las leyes civiles, traspasan y se burlan de sus tér-

ninos, y quieren dar á conocer con una afectacion ridícula, que solo el temor es el que puede hacérsela cumplir. Estos sin respeto á la religion, y sin consideracion á sí mismos, no se avergüenzan de que vayan á cumplir en su nombre unas personas, que no emplearian en los encargos ménos honrosos de sus casas.

Esta conducta es ciertamente injuriosa á una religion como la de Jesu-Cristo, en la qual se han ennoblecido las prácticas que parecen de ménos consideracion, con la santidad de un Dios que es el objeto á que se dirigen. Este desprecio aleja las bendiciones que la Iglesia dispensa á estas ofrendas, y una indiferencia semejante es tambien una especie de cisma que se declara á los fieles que observan esta ceremonia. ¡Ah! nosotros, hermanos míos, nos lisonjamos de sabios, y no lo somos sino á nuestros propios ojos, oponemos la fuerza y la superioridad de nuestro espíritu á la simplicidad de nuestros padres, y esta simplicidad es nuestra mayor condenacion, si es cierto, como no podemos dudar, que el uso de llevar el pan á bendecir, es una representacion de las

TOM. I.—L 1

Eulogias que se enviaban los primeros Cristianos para darse una prueba de que estaban unidos en la fé. Por tanto conviene siempre imitarlos en sus disposiciones. Sus Doctores y Maestros en los caminos de la salvacion, léjos de permitir que abandonasen esta práctica saludable, les exhortaban á respetar estos dones luego que habian recibido la bendicion del Sacerdote, y á procurar que no fuesen profanados por los hereges, y echados por los suélos, ni aun por un descuido involuntario. Nosotros, que somos sucesores, aunque indignos de estos hombres verdaderamente apóstólicos, consideramos como una de nuestras primeras obligaciones la de instruir á los fieles á sus debidos tiempos sobre esta materia; y como acontezca freqüentemente que se desprecien nuestras exhortaciones, los tribunales seculares han creído propio de su obligacion el auxiliarnos, y han dictado muy sabias leyes, así para contener la codicia de los Ministros, si abusaban de este uso, y le hacian una ocasion de concusiones y monopolios, como para reprimir la avaricia de los particulares, quando rehusasen someterse

á una práctica tan santa como antigua. Estas reglas sin embargo solo se han establecido para el menor número de Cristianos, porque la mayor parte cumple religiosamente con esta obligacion, de manera que no necesitamos recurrir á las leyes; pero á pesar de esto hay muchos que excitan nuestras lágrimas al considerar la poca devocion con que se presentan á esta ceremonia, su indecencia, su ligereza y su disipacion.

¿Será demasiado pedir á los fieles el exhortarlos á que cumplan por sí mismos esta obligacion, considerando el alto honor que se les dispensa quando se les permite entrar al Santuario á presentar en nombre del Pueblo la oblacion de una pequeña parte de sus bienes? Pero qué de pretextos no se alegan para dispensarse de ella! Una salud quebrantada, una pusilanimidad excesiva, el temor de que los miren, y lo que es mas, la crítica que temen de las personas ménos devotas, son los motivos que pretextan para creerse dispensados con Dios, y con su Iglesia de esta obligacion esencialísima, con tal que las personas que envian en su

lugar observen la moderacion, y la decencia. Yo no sé, hermanos míos, si en el tribunal de Jesu-Cristo serán admitidas estas excusas, en el qual se nos hará un cargo estrecho de las menores omisiones, como de los pecados mas graves. Estos Cristianos tímidos y descuidados verán su condenacion en este tribunal supremo, quando se presente á su vista esa muchedumbre considerable de Santos, que despreciando su alta clase, y las distinciones públicas que gozaban, no solo presentaban la oblacion por sí mismos, sino que amasaban el pan con sus propias manos. ¿En dónde está nuestra fé? ¿No se ve debilitada por desgracia en estos tristes dias? ¿No se llega casi á extinguir en los corazones por causa del desprecio que se hace de las cosas que tocan á la religion? Sé muy bien que muchas veces la codicia de los Ministros es una causa poderosa para que se resfrién los fieles en sus ofrendas; pero sin embargo deberé decirles lo que el Apóstol: *hermanos, no pedimos vuestros bienes, sino vuestros corazones.* Resistid con todas vuestras fuerzas los abusos, pero temed el incurrir en otros que sean

mas peligrosos: procurad que la oblacion que en alguna manera se ha hecho una carga pesada, por causa de vuestro descuido y abandono, sea como en otro tiempo una ofrenda libre y voluntaria, hecha con espíritu verdadero de piedad y de religion: no temais las censuras y la crítica de los indevotos: considerad esta funcion como un ministerio de suma importancia que os confía la Iglesia: rogad por todos los que cumplen con vosotros esta obligacion: recibid con respeto el *Pan bendito*, y comedle con veneracion santa: en fin, quando el Sacerdote le bendice, reanimad vuestra confianza, y pedid al Eterno, que aparte de vuestro corazon todo sentimiento capaz de turbar la armonía, y el concierto de las virtudes.

La Iglesia pone esta práctica, y todas las bendiciones semejantes en el número de las que los Teólogos llaman Sacramentales. Estos ritos son muy diferentes de los que instituyó Jesu-Cristo, porque no obran por su propia virtud, sino en la de los méritos de este Señor, juntamente con las santas disposiciones de los fieles: ellos no remiten los pecados por su naturaleza,

pero consiguen gracias de santificacion y de perseverancia para los justos, y gracias de conversion para los pecadores que comen este *Pan* con un corazon contrito y humillado: ellos, por decirlo así, son una segunda comunión infinitamente menos preciosa, y ménos terrible que la participacion del *Pan de la vida*, pero que la suple en algun modo en los Cristianos que no estan preparados como se debe, los dispone, y engendra y alimenta sus deseos.

Estas reflexiones y otras muchas que podreis deducir de los escritos sólidos de los Padres de la Iglesia renovarán quizá en algunos que me escuchan el espíritu de fé y de caridad, que animaba á nuestros Padres, para sus prácticas religiosas. Mas atentos entónces á conocer y adoptar el verdadero sentido esta obligacion, la cumplireis con mas fidelidad, y recogeréis frutos mas abundantes; y de esta suerte la union y la caridad que habreis cimentado en el tiempo, os asegurarán el derecho á esa caridad consumada de que solo se puede gozar en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA CEREMONIA

DE INCENSAR EL ALTAR.

APOCALIPSIS, CAP. VIII, VERS. 3.

Vino otro Angel, y se paró delante del Altar, teniendo un incensario de oro.

Voy á hablaros sobre una ceremonia que presenciáis todos los dias, ignorando sin embargo su verdadero espíritu. El uso de los *incensarios* es muy frecuente en la Iglesia, y lo es tambien en todas las otras religiones. La religion Judaica observaba religiosamente este uso, y dos Levitas, hijos de Aaron, fueron tragados por la tierra por haber puesto en sus incensarios